

Amparo Romero Vásquez*

Confundida como un pez atraveso el azogue

Para no escuchar a las caballerías
y no dolerme de tanta sangre
para no callar
dibujo a la bestia
rompo el eco del follaje
afino las espadas
para no olvidar
que puedo deshacer el silencio
tensar la lluvia
el espanto de un niño
que regresa de la guerra.
Camino el mismo lugar
el fino aceite de las lámparas
me repito en mi propia hondura
confundida como un pez
me atrevo a atravesar el azogue
a ser el indefinible ojo
a borrarle las manos
y desafiar la flecha
el inicio del día.
Surco mi soledad de brebajes oscuros
trampa de vidrio molido
mi locura
me alimento de ella
de su musgo
de su herida.



Estoy tranquila porque hay noches
en que me habla la palabra oculta
hasta trenzarme en el albur de su río.
Asumo que cantan los lobos
en el aletear de los grillos.
Permanezco desnuda
como un lirio invisible
y amo mi levedad
mi baraja escrita
mi aridez multiplicada
en el fluir sucio y espeso
de los huesos.

*Presidenta de la Fundación de Poetas Vallecaucanos, Santiago de Cali. Ha publicado: *Silente evocación, Los gritos de las columnas, Sudores cobrizos, Poemas para danzar entre el fuego, Verbum-poetas colombianos, Revelaciones del silencio, Memoria de la nada, Salmódia de los días tristes*. Premios: Concurso Nacional de Poesía Jorge Isaacs 2011, Premio Un mar de poesía para Meira, II Premio Cuento Universidad San Buenaventura. Premio “Carlos Héctor Trejos Reyes”, Premio “Porfirio Barba Jacob”, Premio del Rey Ocho Venado (México), Premio Ciudad de San Vicente de Chucurí, Premio La Porte des poètes, Paris, I Premio “Luis Carlos López”, I Premio Casa de la Cultura y revista *El candil*.

*Un alfiler
para cruzar mi cuerpo*

Ahogo al ciervo que era bello como el tigre
el caos que abrirá las vísceras
el estanque y su procesión de tumbas
de animales que chillan.
Se abrirá el océano
la vigilia de los pájaros
rasgará la belleza de las cosas.
Tengo escamas que arranco con mis manos
y este brillo entre los dientes
un alfiler para cruzar mi cuerpo
una manada de leones
y el silbido de la palabra extraña.
Recogeré un poco de la luz
que dejé a mi paso
dormiré sobre la lluvia
sobre las hojas
de los robles antiguos
sobre los muros
donde un dios ciego
cura a los leprosos.
Antes que amanezca
y un ángel sobrevuele el aljibe
y el alfabeto de los astros
sea toda la tristeza del invierno
invertiré los candelabros
la niebla de los oleos
la habitación llena
de mariposas muertas.
Sobre los árboles quemados
el gris de las aldabas
el caminar lento y preciso
de los santos y los locos.
Todo es así
un día
anudo la ternura
la desmesura de la muerte
al ciervo que era bello.
Por un instante no hay retorno
y está la puerta
el pequeño lugar
la brasa de los crematorios.
En la azotea guardo un poco del agua
que fueron los espejos
las cintas

con que até mis tobillos
y su rumor de hilos.
Justo en esta orilla el juego de las sombras
mi espalda abierta
los exilios del barro.
Ladran las piedras
amor
como ladran a la nada
los perros.

La llagada lluvia

Es posible trasegar la noche
esconder en su vacío mi dolor que duele
sacar mis cuchillos y en el exilio
liberar la harina
el ovillo que se hizo infierno.
Qué hará el que se devoró mi rostro
el que comió de mis semillas
el de las cerraduras¹ secretas
que pasará con aquel
árbol triste
que floreció en mi espalda?
Esculpo con la yema de mis dedos
un ánfora para mis lagrimas
seré de mis dos manos
del jardín
que observa mi silencio
de ese río sin mañana
en que se convierte mi pequeñez.
Como Medea y Andrómeda
Me he perdido.
Adjuraré de mi corazón
avanzaré sobre las rosas trituradas
y me estremeceré al mirar
la piel abierta del carnero
como arroja fuego
la serpiente que nunca duerme
como se desangra la abeja
el dulce vértigo.
Con mi oración de barro
hago señales en mis piernas
lleno de cal los sótanos
me entrego
con mi grito de náusea
y mis ocasos rojos
y mis huesos que rasgan la luz exacta

y el galope de ese río
 que yo habito.
 Me fecundo de pájaros
 y veo como escribe la muerte
 como se traga su corona de espinos.
 Hay una hora para pecar
 y asesinar las puertas
 una hora para el agua en llamas
 para el que aluna
 y lame sus heridas.
 De vez en cuando
 Lo hermoso
 Lo blanco
 Lo simple-

Y fue el amor una salamandra

el poema lo deshice
 le di la forma de la lluvia
 lo degollé en silencio.
 Tiene mis oídos
 que danzan
 mi aliento
 soplo de las constelaciones
 de las locas mareas.
 lo adivino en la yema de mis dedos
 en la noche escucho como se agita
 su pulso en los sótanos vacíos
 intactos el gozo
 la fisura que se abre
 los arenales del desierto.
 El poema hecho trisas
 se transfigura
 entra al remolino
 me sostiene en su valle de alabastros.
 Al principio fue la miel
 el ovulo
 fue mi útero
 mi vagina espesa
 hice una ciudad con cada sílaba
 fue el cuerpo repartido
 el azulado vino
 y fue el amor una salamandra
 el corazón de los duraznos.
 Ahora como la asfixia
 como la muerte
 armadura que arde

y quema
 roca
 donde se pudre un dinosaurio.
 A orillas de la sed
 sedienta
 sed de mi sed
 el poema.

El texto que todo lo posee

Hago el intento de escribir.
 Una calle espía mi sed
 mi pequeño barco.
 Aún hay un sollozo en el diminuto cuarto
 donde alguien me pasaba pan y leche.
 Todos los días tallé el fuego
 fragüé la huída
 mi savia entre todas las miserias
 me abrí paso entre el hollín y el lodo
 rompí las telas
 los alambres
 las colgaduras
 crucé el escondrijo
 los perros me azuzaron
 comí de la tierra
 me deshice de mis párpados
 era la insaciable arena.
 Las piedras lo saben
 los huesos se hicieron amuletos
 jirones de la piel
 el fin del mundo.
 Las flores siguen ladrándole al que degolló la luna
 al que aún espera mis dientes y mis uñas
 al que busca fantasmas detrás de los armarios
 y azota su ira en las ventanas.
 Nunca esa puerta
 ese silencio que muerde
 lenguas que se suicidaron
 tarántula que mató tres veces
 la que se tragó a dios en un desierto de tinta.
 una legión de lobos y corderos
 odian mis sortijas
 a las sonámbulas que como yo
 tienen feroces garras
 a la perversa
 a la del abandono
 a la que sembró sus labios

donde tiembla la nuez
 y hierve el vino
 en las ranuras donde un aire tibio
 hace obscena la noche.
 En todas las horas hay un reino
 donde la muchedumbre espera
 nada es perdurable
 ni tan siquiera
 la queja de los desventurados.

La piedra y su escorpión de oro

Regreso de los libros
 de sus rostros que pueden ser el mar
 su hermosa condición de fábula.
 Siento que esta lluvia de ceniza
 es la del Ganges
 la del reloj de arena
 la de la piedra y su escorpión de oro
 la del bostezo y su lento abandono
 ceniza el hombre
 su danza
 su temblor de miedo.
 Sabe que existe el Éufrates
 y toda la sed
 que un día serán ceniza

las páginas que no leyó nunca
 la soledad del árbol
 de los viejos barcos y sus horas de niebla.
 Se agotará el jengibre
 morirán los insectos en la soledad del mundo
 La luna será una llama espesa
 como el silencio de los relojes en blanco
 como el oficio de hacer el nudo
 el grito de las hienas que es el Sahara
 mis vocales como la voz del eco.
 Mañana llegaran los falsos sacerdotes
 las mujeres no se pintaran los labios
 y los hombres no jugaran entre sus faldas
 a las seis de la tarde se hará ceniza
 el cáliz de las uvas.
 Sobre el papel los olores de la tierra
 la ventura de morir contigo
 y no olvidar que nada vale tanto
 como la algarabía de tus ojos.
 En el extremo de la cuerda
 todo es un punto
 el universo
 ciego telar
 mándala
 círculo
 ceniza
 laberinto.